

EL MUNDO Nacional General Diaria	Tirada: 408.746 Difusión: 307.771 (O.J.D) Audiencia: 1.077.198 11/02/2012	Sección: - Espacio (Cm_2): 875 Ocupación (%): 100% Valor (€): 34.250,00 Valor Pág. (€): 34.250,00 Página: 43	 Imagen: Si



Michael Fassbender en una escena de 'Shame', la película de Steve McQueen que se estrena el próximo viernes. / ALTA FILMS

ENGANCHADOS AL PORNO

'Shame', de Steve McQueen y protagonizada por Michael Fassbender, reflexiona sobre los límites del sexo en la era de internet y se presenta como el punto de llegada de la revolución sexual de los 70 en el cine

'El último tango en París' versión 2.0

LUIS MARTÍNEZ
Decir que Michael Fassbender es uno de los actores mejor dotados de su generación es algo más que una metáfora. Es, si se quiere, una imagen —que no siempre es una figura retórica— muy pertinente. Para comprobarlo, basta acercarse a ver la primera escena de *Shame*, la película de Steve McQueen que desde que se presentara en el pasado Festival de Venecia ha servido para poner a todo el mundo de acuerdo: sin duda, una de las más voraces, provocadoras y grandes (valen dobles lecturas) sorpresas del año que llega por fin a

las pantallas el próximo viernes. Hablamos, claro está, de sexo.

En *Vergüenza* (ésta sería la traducción), McQueen, artista multimedia antes que director de cine, propone un viaje al fondo de las cosas con fondo. Un hombre vive atormentado por eso llamado sexo. Es decir, por lo que Woody Allen, a falta de amor, describía como la mejor de las experiencias vacías. Y así, durante la hora y media que dura la película no vemos nada más que la perfecta descripción de un hombre condenado y, ya se ha dicho, desnudo. En el

más amplio y a la vez restrictivo sentido de la palabra. Es sexo. Si se tratara de hacer un diagnóstico clínico: «adicción» es la palabra.

De alguna forma, la cinta se propone a sí misma como un punto de llegada en el largo historial de conquistas que ha presidido la historia del cine y, por extensión, de la mirada. Desde que George Méliès, con el cinematógrafo recién inventado, propusiera el primer desnudo en *Après le bal* (1897) hasta la imagen nítida de Fassbender frente al objetivo de la cámara, media la historia entera del pudor, la censura o, con

el título de la película, la vergüenza.

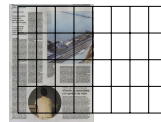
«Vivimos un tiempo en que la relación con la imagen del sexo, con lo que podemos ver y no con respecto al sexo, ha cambiado radicalmente», razonaba Steve McQueen en Venecia en una entrevista con EL MUNDO. «Internet ha cambiado la relación con el sexo y con el significado de la palabra vergüenza. Ahora, por ejemplo, las revistas pornográficas están en la parte de arriba de los quioscos y recuerdo que cuando era niño las mirábamos con mucha prudencia. Ahora, puedes entrar a cualquier página de

internet y tener lo que quieras a un simple clic de botón. La transformación es radical».

En efecto, la cámara de McQueen se pega a la piel de su protagonista hasta hacer desaparecer las fronteras entre la carne y la imagen. Cuenta el director que su referencia más gráfica fue en todo momento *El último tango en París*. De hecho, el protagonista de *Shame* se llama Brandon, como el actor siempre excesivo de la cinta que fue piedra de toque de todos los escándalos en 1972.

Pasa a página 44





EM2 / CULTURA

PORNOADICCIÓN

● «La cinta utiliza el sexo como medio, no como fin», dice McQueen

● La estrategia es enfrentar al espectador al límite del pudor

Viene de página 43

«Marlon Brando es una presencia tan poderosa en la historia del cine que imagino que cuando haces algo radical es imposible escapar de su influencia», sentencia McQueen. La cinta de Bernardo Bertolucci fue prohibida en Nueva Jersey, recortada en Inglaterra (la célebre escena de la manteca sufrió un severo tijeretazo) y literalmente secuestrada en Italia. De repente, el cine que cualquier ciudadano educado podía ver sin menoscabo de su decencia vivía una radical transformación. *El último tango*... sacaba del cuarto oscuro del género pornográfico expresiones como sodomía, sexo anal o, mucho más radical, simplemente sexo. Así sin más adjetivos. La manteca no cuenta, que ya estaba en todos los diccionarios.

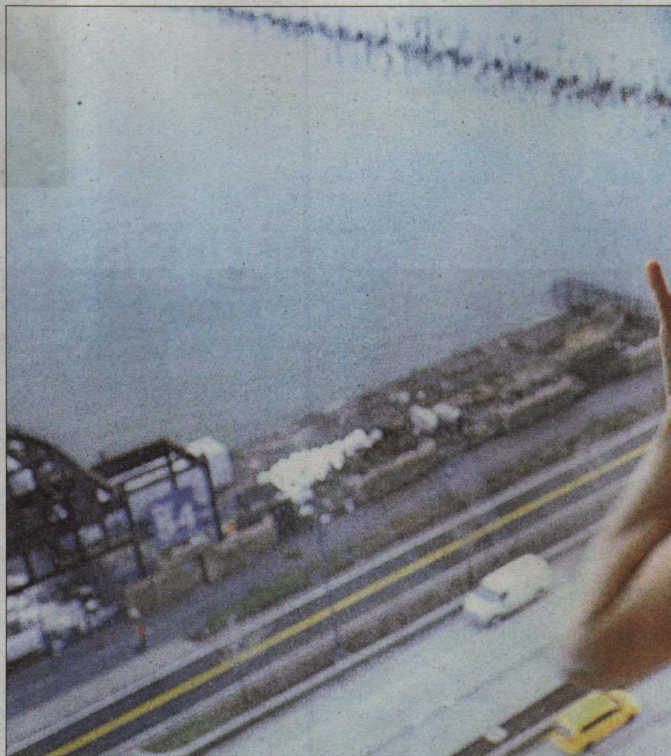
Lo importante, para entendernos, en la cinta de Bertolucci era la relevancia del sexo como elemento liberador en dos cuerpos atrapados por los prejuicios, los miedos y, ya que estamos, el deseo. Si se quiere, la película de Marlon Brando y Maria Schneider cumplía a modo de punto y aparte en el ánimo rupturista de una época, los 70, definitivamente infectada. Si *Cowboy de medianoche* (John Schlesinger, 1969) llevaba a la pantalla la posibilidad de la prostitución masculina, *Deliverance* (John Boorman, 1972) ofrecía al público el espectáculo de la sodomía, a la vez que *La naranja mecánica* (Stanley Kubrick, 1971) invitaba al espectador a la primera contemplación de una violación, siempre brutal, o, más tarde, *El imperio de los sentidos* (Nagisa Oshima, 1976) ritualizaba la muerte a través de la cópula. El cine, y con él, la propia mirada, se convertía en un terreno franco donde, de golpe, las barreras de siglos saltaban por los aires. El sexo, por fin, se convertía en el cuerpo, nunca mejor dicho, del argumento.

Cuando en 1979, *Caligula* se presentó como la primera superproducción *hard-core* de la historia, el sexo había cumplido el ciclo completo desde la catacumba del código Hays al simple y circo luminoso del simple espectáculo. La cinta a vueltas con el emperador romano, para situarnos, costó 16 millones de dólares pagados por el editor de *Penthouse*, Bob Guccione, y sumaba en el reparto a actores tan relevantes como Malcolm McDowell, Peter O'Toole y Helen Mirren. Luego vendría Reagan y el VHS, y hasta aquí llegó el viaje. «En mi película», razona McQueen, «el sexo está ahí con la intención de desaparecer, quiere dejar de ser el centro de la pantalla.

Pese a que esté siempre presente. La idea desde el principio fue trascender el propio sexo. Se trata de fabricar un drama sin que el sexo, parte fundamental de la historia, distraiga hacia precisamente sí mismo. Ese era el reto: utilizar el sexo como medio no como fin». ¿Y cómo se filma el sexo para que el sexo deje de importar? «Había que tener especialmente cuidado en las escenas de amor. Distingamos entre las escenas de amor y las de sexo. Unas y otras se filmaron de forma diferente porque hacer el amor es muy distinto de foliar. Y, por tanto, cada acción exige una forma de aproximación diferente». La cámara, de hecho, cuando trabaja con sexo se acerca a la piel siempre pendiente de cada detalle, de la mecánica que anima al deseo a un milímetro escaso de él. Sin permitir que un plano general tape la sensación de ahogo.

Y de esta manera, poco a poco, la película crece (no se admiten chistes) hasta convertirse en algo mucho más que la simple historia de un hombre. Se trata de la (también simple para qué nos vamos a engañar) historia de cualquier hombre. De repente, el director se atreve con la perfecta descripción de las retinas del espectador. La película no habla de nadie extraño, habla de cualquiera de los presentes. En realidad, la película no hace otra cosa que conseguir la legítima aspiración de cualquier película y por extensión obra de arte: levantar constancia del vacío. Sin más y sin adjetivos. Y de este modo Brando-Fassbender no hace sino reproducir el mismo trayecto 40 años después de Paul-Brando en *El último tango en París*. Si la aspiración es más genérica o multidisciplinar, no se trata sólo de cine, estamos de nuevo delante del viaje equinoccial del señor Meursault de la desesperación a la nada. Nos referimos a *El extranjero* de Albert Camus.

Fassbender es un oficinista que reparte su tiempo entre visitar todas las páginas de sexo que ofrece internet (que son muchas) y acudir a todas las citas que le sirve la ciudad más activa del universo (que pueden ser aún más). Y en ello, se vacía. Y así hasta que un buen día recibe la visita de su hermana, a la



Cuenta Fassbender que durante el rodaje no hubo ningún tipo de límite. «Hicimos lo que teníamos que hacer. La confianza en el director era total», dice el actor que en más de una escena bordea los límites del cine pornográfico. / ALTA FILMS

que da vida de forma no menos magistral la joven Carey Mulligan. En ese momento, todo se convierte en lo que anuncia el título: vergüenza. ¿Hay acaso una lectura moral en todo esto? «En un cierto sentido, sí. Quizá es más reflexiva que moral en cuanto a decir lo que hay o no hay que hacer, o lo que es bueno o malo. Simplemente, cuestiona cosas; cuestiona lo que estamos viviendo». Y así, la cámara penetra en los cuerpos con un rigor y una precisión pocas veces contemplada. La idea no es otra que taladrar la carne

hasta alcanzar lo otro. Y esto no es nada más que la fría sensación de abandono. La estrategia del director consiste en acosar al espectador, enfrentarle al propio límite de su pudor y, de este modo, desnudarle ante la cámara. Tan crudo.

No lejos de su película anterior, *Hunger*, la historia en prisión del terrorista del IRA Bobby Sands, también ahora el director insiste en la carne. «Hay muchos puntos de contacto entre mis dos cintas», explica McQueen. «Aunque una discorra en Belfast y otra en Nueva York, aun-



DANIEL Adicto al sexo en tratamiento «Pierdes la autoestima y te quedas sin vida»

Tiene 50 años y le llamaremos Daniel porque ha solicitado conservar el anonimato a cambio de su testimonio. Pero es una persona real, con una vida real y una enfermedad, también, real: la adicción al sexo. Residente en Barcelona, y actualmente en paro, no ha oído hablar de la película *Shame*. Reconoce en cambio que se ha topado con muchos hombres de carne y hueso que empezaban a jugar peligrosamente con el placer carnal. Y con otros tantos que ya habían caído en las garras de su dependencia. «Sabes lo que es, lo que sucede, porque has tenido la experiencia. Entonces te das cuenta en seguida de ciertas señales que demuestran si una persona se está enganchando o ya lo está», afirma. Fue a los 35 años cuando Daniel se abandonó al sexo. «Desde joven he tenido problemas de adicción. Me he dado a todo, lo que ha sucedido es que la forma ha ido cambiando (sexo en lugar de alcohol o drogas), pero la base de mi problema es el mismo: una falta total de control de los impulsos». Una peli porno, un par de encuentros con desconocidas, masturbarse varias veces al día... eran la válvula de escape de Daniel tras una ruptura amorosa. «Los problemas con mi pareja no surgieron porque fuera adicto al sexo, me enganché después de este fracaso. Recurrí a ello como evasión, porque estaba triste, ansioso y poco a poco se



El exceso de porno puede generar falta de apetito por las situaciones reales

En EEUU hay niños de 15 años que ven sexo en la web a diario desde los 12

Contemplar escenas de contenido sexual hace que el cerebro libere dopamina

consulta con problemas de erección ven porno online de forma asidua.

Es una adicción complicada. Fármacos como Viagra, Levitra o Cialis pueden hacer poco ante un problema que es neuronal. Y desengancharse no es fácil. La pornografía provoca en el cerebro descargas de dopamina similares a las que se producen cuando se conoce a una nueva pareja. En otras palabras: las neuronas no distinguen entre una persona real y otra en la pantalla de un ordenador. Eso también genera ansiedad, lo que a su vez hace que los adictos recurran al sexo, porque el orgasmo tiene un efecto relajante. Si Don Quijote perdió la razón leyendo libros de caballerías, ¿por qué no va a pasar lo mismo con un instinto tan fuerte como el sexo?

La pornografía es más cómoda que el sexo con otra persona. No exige compromiso emocional, ni conlleva el potencial estigma social de la prostitución o el intercambio de parejas. Ligar, aunque sea en un bar, exige hablar con alguien, siquiera durante cinco minutos. Pero en internet hay un torrente interminable de bellezas a un clic de distancia. Y la novedad está garantizada.

Acaso la institución que mejor sepa lo que es la adicción al porno sea el regulador de la Bolsa de EEUU, la SEC, que en 2008 descubrió, en mitad del colapso financiero de las hipotecas basura, que 33 de sus empleados estaban totalmente enganchados. Uno visitó desde el trabajo más de 1.700 páginas pornográficas en dos semanas. Un abogado con un salario de 172.000 euros anuales admitió a los investigadores que veía porno ocho horas diarias, «hasta el extremo de que agotó el espacio disponible en su ordenador y tuvo que descargar páginas en CDs y DVDs que guardaba en cajas en su despacho».

QORBYT.es

>Vea hoy el análisis de José Luis de la Serna explicando el trastorno de la adicción al sexo

que una se desarrolle en un espacio cerrado y otra en la mayor ciudad del mundo, las dos tienen por protagonista a un antihéroe que se cuestiona su propia libertad. Bobby Sands usa su cuerpo como un arma en el sentido de que es lo único que tiene a mano para atacar a sus carceleros. Él está en una prisión y su única defensa es dejar de comer y exponer su cuerpo hambriento. El cuerpo es el acto final de la desesperación; el propio cuerpo como la última fuente de protesta de Brandon en *Shame* se encuentra en el polo

opuesto. Él está en una situación de libertad máxima y lo que hace es encerrar a su cuerpo. El sexo para él es su propia prisión».

Sea como sea, creemos ver cuerpos desnudos copulando y, en realidad, lo desnudado es otra cosa. Decir, así, de repente, que es cualquier espectador el que se entrega al frenesí de fornicio de *Shame* puede resultar demasiado atrevido. Pero es así. Acaba la proyección y, desde la primera escena a la última, la película crece. Las metáforas, qué le vamos a hacer, son así de caprichosas.

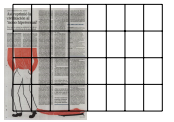
EL IMPACTO DEL CIBERSEXO

Un alud pornográfico a un clic de distancia

PABLO PARDO / Washington
En 2003, el guitarrista y cantante de rock John Mayer ganó el Grammy –el equivalente al Oscar en el mundo de la música– por su canción *Your Body Is A Wonderland* (Tu cuerpo es una maravilla). Pero, ¿a qué cuerpo se refería Mayer? «Te despiertas por la mañana, abres una página web y te lleva a una caja de Pandora visual. Había días en los que veía 300 vaginas antes de salir de la cama», explicaba en 2010 Mayer en una entrevista concedida, precisamente, a *Playboy*. Mayer es un ejemplo de una tendencia a nivel mundial: la adicción al porno que, según el terapeuta sexual estadounidense Ian Kerner provoca una «sobremasturbación» y una especie de «desorden de déficit de atención» en muchos hombres –y en un número menor, pero creciente, de mujeres–. En otras palabras: sin porno no hay erección. «Igual que la gente con Desorden de Déficit de Atención tiende a distraerse fácilmente, los hombres con su equivalente sexual se han acostumbrado a unos niveles tan altos de novedades visuales que son incapaces de concentrarse en tener sexo con una mujer»,

explica Mayer en un blog de la CNN. El resultado es disfunción eréctil, pérdida de interés sexual, el recurso a fantasías sexuales para lograr o mantener la erección y la simulación de orgasmos por los hombres. El 36,1% de los varones japoneses de entre 16 y 19 años no tienen interés en el sexo o incluso admiten tener «aversión» a las relaciones sexuales. Es el doble que en 2008. Paradójicamente, cuanto más jóvenes son, menos interés tienen en la sexualidad, según el Ministerio de Sanidad nipón. Eso se debe a que hoy nacemos, vivimos y morimos rodeados de sexo virtual. Y Japón, con su gigantesca industria de porno *manga*, es un ejemplo extremo. Pero no único. La sexóloga estadounidense Marna Robinson ha tratado a niños de 15 años que llevaban viendo pornografía a diario desde los 12. El 20% de los franceses no tienen ningún interés en el sexo, según el monumental *Estudio de la sexualidad en Francia*, publicado en 2008. El urólogo Carlo Foresta, presidente de la Asociación Italiana de Andrología y Medicina Sexual, afirma que el 70% de los hombres que acuden a su

convirtió en una obsesión. Todo el día estaba pensando en el sexo. Todas mis energías estaban en obtener placer, que no me faltara. No te vuelves adicto de la noche a la mañana, es poco a poco. Caes sin darte apenas cuenta». Un adicto al sexo no es muy diferente a un ludópata o a un alcohólico. Todos se meten en un círculo vicioso del que no pueden salir sin ayuda. Sufren, pasan *mono*, ansiedad, dejan de sentir placer y viven con vergüenza, arrepentimiento, soledad y falta de autoestima. Todos, también, pagan las mismas consecuencias: pérdida de trabajo, de pareja, de dinero. «Es una auténtica mierda. Acaba con todo, pierdes la autoestima y te quedas sin vida», confiesa. Pese a ello, el Manual de Diagnóstico y Estadístico de los trastornos mentales (DSM-IV), la biblia de los psiquiatras, sigue sin considerar la adicción al sexo como una categoría diagnóstica, un hecho que levanta ampollas entre los especialistas. Máxima cuando se valora que los expertos que estudian y tratan esta patología estiman que cerca del 6% de la población la padece, aunque en honor a la verdad, lo cierto es que se desconoce su prevalencia real. Es más, según un estudio publicado en el *American Journal of Psychiatry*, «las cifras están infravaloradas porque esta conducta se vive en secreto debido a que causa pudor, es vergonzante y clandestina». Tras poco más de un año en terapia, Daniel empieza a ver la luz al final del túnel: «Me siento mucho mejor. Prueba de ello es que estoy contando mi caso. Estoy recuperando mi vida y conectando con mis emociones. La adicción me ha dejado secuelas y disfunciones, por eso aún no puedo volver a practicar sexo, pero confío en tener pareja algún día. Lo más importante es tomar conciencia de que tienes un problema. Eso sí, es un camino que haces solo, pero se puede salir, aunque sea duro». / PATRICIA MATEY



LOS ORÍGENES DEL SEXO

Así reprimió la civilización al 'mono hipersexual'

Dos nuevos ensayos exploran las claves evolutivas e históricas de la sexualidad

LAURA FERNÁNDEZ / CARLOS FRESNEDA
El hombre no descende del mono. El hombre es un mono. Y como tal, es hipersexual. Hasta el punto de haber superado a sus muy libidinosos ancestros. «Un chimpancé puede llegar a tener 15 relaciones sexuales por bebé, el ser humano pasa de las 1.000». El dato lo da Christopher Ryan, investigador norteamericano afincado en Barcelona y autor del libro *En el principio*

era el sexo (Paidós), un exhaustivo ensayo basado en su tesis doctoral sobre las raíces prehistóricas de la sexualidad humana.

«La culpa de todo la tiene la agricultura», sentencia. «Y qué es el todo? «Nuestra insatisfacción sexual, existencial», contesta. Porque con la agricultura apareció la propiedad privada. Y desapareció nuestra libertad. «Empezamos a preocuparnos por el futuro, por lo que sería de

nuestras tierras cuando nosotros no estuviéramos», añade. Fue el principio del fin del animal hipersexual que llevamos dentro. O eso opina el investigador, que ha escrito el libro con su pareja, Cacilda Jethá, y cree firmemente que el futuro no será monógamo, sino polígamo.

«Si la mitad de los aviones se estrellaran, se revisaría su funcionamiento, nos plantearíamos cambiar su diseño, ¿no? ¿Por qué no ocurre eso con el matrimonio? Hoy, la mitad de los matrimonios fracasan y del resto, más de la mitad son infelices, pero no nos planteamos cambiar nada», apunta Ryan. Pero, ¿cómo podría cambiarse? «Nada de esto habría pasado si no hubiéramos inventado la agricultura», insiste. «Con la agricultura se pasó de compartir a desear poseer, y eso cambió nuestro sistema social y, por supuesto, también el sexo. Antes de la agricultura nos organizábamos en pequeñas comunidades que lo compartían todo. La comida, los hijos, el sexo. Después, cuando empezamos a tener tierras, quisimos saber quiénes eran nuestros hijos para que no fueran otros quienes se quedarán nuestras tierras. Y la mujer perdió la libertad. El hombre empezó a intentar controlarla para asegurarse de que los hijos que tenía eran suyos». Ryan asegura que, además, en la época preagrícola, «comíamos mejor, éramos menos violentos y vivíamos más».

Para Ryan, «la civilización es una estafa, una equivocación, nos hace infelices sexualmente, y en muchos otros sentidos. Si, todo es mejor pero nadie está contento. Hay algo que no funciona. Es como si hubiéramos creado una jaula muy bonita y nos hubiéramos metido dentro. El que sea muy bonita no cambia el hecho de que es una jaula». Es decir, que estamos encerrados. Y que deberíamos plantearnos muy seriamente el tema de la monogamia.

«A los hombres nos cuesta más vivir con la monogamia. Y se nos intenta convencer con la idea de que el sexo con amor es mejor. Pero no es cierto. Somos omnívoros, sexualmente hablando, tenemos que probar cosas distintas con gente distinta, si no, nuestra libido se apaga», asegura. En el caso de los hombres, dice, «la testosterona descende con los años si no cambiamos de pareja».

«Muchos hombres que se pasan la vida con una misma mujer y de repente a los 40 se lían con su secretaria empiezan a verlo todo de forma distinta, los colores son más intensos, la vida es maravillosa, y creen que se han enamorado, pero eso no es amor, es testosterona. Y muchos, casi todos, la fastidian dejando a su mujer por su secretaria, cuando seguramente serían más felices con su mujer. Pero no pueden culparles, ellos creen que están enamorados, porque eso es lo que la sociedad les ha dicho que es el amor. Nadie les ha hablado de la testosterona», argumenta. «La so-

lución entonces pasa por tener una aventura de vez en cuando? ¿O por tenerlas de forma continuada? «Si volviéramos a las comunas prehistóricas, si volviéramos a compartir, disfrutaríamos más del sexo. Se dice que ya hubo algo parecido en los 70, con las comunas hippies, pero también se dice que no funcionó. Pero, ¿no funcionó realmente?», se pregunta Ryan. Lo único que necesitamos, en su opinión, es tolerancia y respeto. «Y hablar francamente de todo ello. Porque está demostrado que cuanto más libertad hay, menos abusos se producen», añade.

En cualquier caso, no debemos olvidar que hubo otros tiempos oscuros en los que la represión de la sexualidad era mucho mayor. De hecho, el sexo tal y como lo conocemos hoy empezó realmente en el siglo XVIII y la libertad erótica de la que gozamos hoy es un fruto tardío de la Ilustración. Esta es la tesis que defiende el historiador británico Faramerz Dabhoiwala, profesor de historia europea en la Universidad de Exeter, en *Los orígenes del sexo*, el libro del momento en el Reino Unido. Antes de ese giro copernicano en el pensamiento y en la actitud ante la vida, los principios morales de la «civilización cristiana occidental» se regían por una severa «disciplina sexual» y por la creencia de que las relaciones ilícitas «eran una ofensa contra Dios y el orden social».

«Hasta el siglo XVII se ejecutaba a la gente por adulterio en Inglaterra o se les condenaba a humillantes castigos físicos», recuerda Dabhoiwala. «Hoy en día vemos esas prácticas con repugnancia y las asociamos con el talibán o con la Ley Sharia. Pero hasta hace muy poco nuestra

propia cultura era así». Recuerda el historiador cómo todas las grandes civilizaciones –desde Babilonia y Egipto hasta Grecia y Roma– persiguieron al menos legalmente la «inmoralidad sexual». El mismo sentido de la justicia caló en las tribus germánicas, en la cultura anglosajona y en la civilización cristiana que acabó imponiendo sus rígidos códigos.

DOS LIBROS 'BEST-SELLER'

► **Ryan y Jethá.** Publicado en 15 países, *En el principio del sexo* de Christopher Ryan y Cacilda Jethá figuró durante semanas en la lista de libros más vendidos de *The New York Times*.

► **Kinsey.** La crítica norteamericana ha ensalzado el ensayo de Ryan y Jethá como el libro más importante sobre la sexualidad humana desde que Alfred Kinsey escribió su famoso informe a mediados del siglo XX.

► **Cohesión.** Ryan insiste en que su ensayo no pretende reducir el sexo «a algo lúdico» sino reivindicar «su importancia social», ya que el sexo es «un arma de cohesión».

► **Dabhoiwala.** De momento, *Los orígenes del sexo*, del historiador de Oxford Faramerz Dabhoiwala, sólo se ha publicado en el Reino Unido, pero en pocas semanas se ha convertido en el libro del momento.

► **Amor libre.** La «liberación femenina», según Dabhoiwala, tuvo sus raíces a principios del siglo XIX, cuando las primeras ideas «socialistas y progresistas a ambos lados del Mediterráneo» se atrevieron a cuestionar el matrimonio y abogaron por primera vez por el «amor libre».

gos morales sexuales en el largo túnel de la Edad Media.

«La emergencia de la actitud moderna hacia el sexo no surgió hasta finales del siglo XVII y principios del XVIII», precisa Dabhoiwala. «De hecho, ésta es una de las grandes diferencias del mundo moderno. Estamos hablando de una gran revolución paralela que hasta ahora no ha sido convenientemente estudiada».

En torno al 1800, todas las formas de sexo consensuado entre un hombre y una mujer fueron despenalizadas en muchos países occidentales. La eclosión de las grandes ciudades (con Londres como el epicentro) tuvo mucho que ver con esa «revolución» en ciernes: «La vida urbana ofrecía grandes oportunidades para la aventura sexual. El delito se diferenció del pecado. La circulación de noticias y de ideas creó una sociedad diferente y más libre».

«El último legado de la Ilustración fue la creación de una sociedad abierta y plural», sostiene el historiador de Exeter. «Y en ese contexto tomó cuerpo una idea: el sexo consensuado es una cosa privada. La libertad sexual es de alguna manera una prolongación del concepto de libertad en un sentido amplio, aunque en muchos lugares del mundo siguen en vigor valores de la Europa premoderna, asociados a un patriarcado moral que tiene un alto coste para la felicidad humana».

«La civilización es una estafa, un error, nos hace infelices sexualmente»

«Hoy, la mitad de los matrimonios fracasa y, del resto, más de la mitad son infelices»

«Somos omnívoros sexuales, tenemos que probar cosas con gente distinta»

